

piso, poniendo de manifiesto prácticamente esta verdad: que al compás que se disminuye la fé, se oscurece en el entendimiento la luz de la justicia, y desfallecen las fuerzas morales de la vida, debilitándose los caracteres y corrompiéndose las costumbres hasta el punto de ponerse de moda la misma corrupción. ¿Qué sería pues de la vida pública y privada, si para contener la gangrena que ya ha avanzado tanto, no quedase otra medicina que la moral independiente y substantiva de nuestros profesores krausistas?

P. ¿Con que según esto, serán dignos de aplausos los esfuerzos de los que tiran á secularizar la virtud emancipándola de las verdades y preceptos de Dios y de la Iglesia?

R. «En tal sentido pueden estimarse como *legítimos en lo esencial* y aún *laudables y generosas en la intención* las pretensiones de los defensores de la llamada *moral independiente*, si bien nunca debieran extremarla por un insensato espíritu de reacción y protesta, hasta el punto de privar á la Moral de todo carácter religioso y de todo fundamento metafísico 1.»

1. *ibid.*

Todos los defensores de la moral independiente convienen en aislar la moral de la metafísica y de la religión; pero se dividen en dos categorías: una, la de los moralistas de *la dignidad*, representada por Proudhón: *Le point de depart de la justice*, decia este sofista en el mismo lugar de la obra antes citada, *est le sentiment de la dignité personnelle*; y otra, la de los *positivistas*, en cuyos ojos no hay ni puede haber otra ciencia que los hechos percibidos por los sentidos. Acerca de la primera, ya hemos visto que consiste en una justicia humana, enteramente humana, exclusivamente humana, considerada sin relación alguna, próxima ni remota, á ningún principio anterior ó superior á la humanidad; cuya ciencia viene á confundirse con la economía política, y á resolverse en el socialismo. Mas acerca de la segunda conviene reproducir aquí alguno de sus rasgos más notables, para que se vea hasta qué punto «pueden estimarse como *legítimas en lo esencial* y aún *laudables y generosas* las pretensiones de los defensores de la llamada *moral independiente*.» El que quiera ver toda la fisonomía de esta moral positiva, lea el célebre escrito de Monseñor Dupan-

loup, intitulado: *Los peligros de la sociedad moderna*: aquí sólo reproduciremos algunas de sus citas.

«Si queremos rehabilitar la humanidad, decía en la *Política positiva* (Agosto de 1875) el ex-delegado del Congreso nacional de Basilea, Gabriel Mollín, *es preciso que acabemos definitivamente con Dios.*» — «Hoy,» dice otro positivista en un opúsculo de la *Biblioteca democrática*, intitulado *Ciencia y conciencia*, «hoy, gracias al progreso continuo de la ciencia, que restituye al espíritu humano en el culto de las realidades concretas, la idea de Dios ha empezado á borrarse, y con ella se van así las religiones como los reyes.» — «Lancemos de nosotros definitivamente, se lee en la misma *Biblioteca*, todo lo divino; nosotros vivimos en la tierra, y no queremos el cielo.— No busquemos en el cielo la razón de lo que sucede en la tierra, sino digamos: *Ayúdate, que el cielo no te ayudará.*— El alma es el conjunto de las funciones del sér animado, la resultante del organismo... al modo que Dios es la resultante de las leyes generales del universo. Lo que llamamos *espíritu*, es la materia organizada...» — «¿Qué cosa es el pensamiento?»

pregunta el catecismo del libre pensador, y responde diciendo: «El producto de la digestión cerebral.—¿Qué es la vida del hombre? R. Una de las fases de las metamorfosis de la larva espermatozoide.—¿Qué es la muerte del hombre? R. Un nuevo período de las metamorfosis de la larva espermatozoide.» — «Es necesaria una educación viril,» se añade por vía de consecuencia, «exenta de toda idea metafísica, es decir, de las ideas de Dios, del alma y de la vida futura.» — «Reconozcamos,» se lee en los *Droits de l'homme* (Abril de 1876) «reconozcamos con la ciencia, que la voluntad del hombre depende de un sin número de causas externas; que el hombre no es culpable cuando ejecuta cualquiera de los actos que reprueba la conciencia, al cual le impulsa irresistiblemente su organismo físico, y proclamemos en alta voz, que ese hombre no puede ser castigado por ese acto; porque en realidad no hay verdaderos *culpables*, sino sólo ignorantes ó enfermos.» — «El pudor fué inventado por mujeres mal conformadas ¹.» — «Las virtudes cristianas son tan contrarias á las ci-

¹ Ivon Guyot, *Les liens communs*, p. 42.

viles, que un buen cristiano es imposible que sea un buen ciudadano,» dice el autor de *Science et conscience*.—«Se nos predica la tolerancia, pero no la queremos; antes si hubiésemos menester de la guillotina, no dejaríamos de usarla. Si la propiedad se opone á la revolución, abajo la propiedad; si la aristocracia, mueran los aristócratas, decía el ciudadano Brismée.»—¿Pero á qué cansarnos en reproducir más testimonios? ¿Por ventura puede engendrar otra moral el positivismo? ¿Y puede esta moral mover á los hombres á otra cosa que no sea impiedad, exterminio y libertinaje?—Justo nos parece reconocer, que áun cuando los señores Revilla y González Serrano tienen por *legítimas en lo esencial* y áun por *laudables y generosas* las pretensiones de los defensores de la moral llamada independiente, acúsanles, sin embargo, de haberla privado de todo carácter *religioso* y de todo *fundamento metafísico*; en cambio, si bien se mira, semejante censura lejos de tranquilizar á los amantes de la moral verdadera, debe más bien alarmarlos, pues es sabido que la religión y la metafísica en boca de los partidarios del racionalismo germánico, se reducen á misticismo panteísti-

co, más contrario todavía al orden de la vida moral que el mismo positivismo, adorador de la materia. Este, en efecto, se contenta con suprimir la virtud; mas el panteísmo á nada menos aspira que á divinizar el vicio.

P. ¿Qué entendéis por bien moral?

R. «La consciente y libre producción efectiva de nuestra realidad conforme á ella misma¹.»

Ante semejante fórmula ó definición (!!!), más de un lector sentirá alguna manera de estupor, al cabo del cual no dejará de preguntarse á sí mismo: ¿qué género de absurdo es este, producir nosotros libre, consciente y efectivamente nuestra propia realidad conforme á ella misma? ¿Por ventura antes que la realidad sea producida en mí, tengo yo alguna manera de sér y actividad para producirme á mí mismo? ¿Tengo acaso antes de sér, conciencia, libertad y eficacia para obrar libremente, conscientemente, efectivamente? Y en caso de que yo me produzca á mí mismo de esa triple manera, ¿cómo puede acaecer

¹ Pág. 84.

que mi realidad sea el modelo y la copia de sí misma? Para responder á estas preguntas no le faltan doctores á la escuela krausista, siendo entre ellos uno de los más conspicuos el fracmasón M. Tiberghien, cuyas doctrinas se oyen como oráculos por todos los de aquella secta. Veamos pues si el profesor de la Universidad *libre* de Bruselas nos ayuda á descifrar el logogrifo de los profesores *oficiales* de Madrid. «El destino de todo sér,» nos dice Tiberghien en su *Morale á l'usage des ecoles laiques* ¹, (obra puesta recientemente en el *Índice de libros prohibidos* por la Sagrada Congregación), «es *realizar todo su bien*, ó sea *desenvolver toda su naturaleza*. El animal desenvuelve su naturaleza viviendo bajo el imperio del instinto, y de esta suerte efectúa su bien: así alcanza su fin por la simple *evolución* de la vida. En cuanto al hombre, siendo como es libre y perfectible, no basta que viva para alcanzar su fin... Puede dejar de alcanzar su destino, mas tiene una necesidad moral de realizarlo, y este es el deber por excelencia

¹ Este manual ha sido recomendado á los inspectores y repartido á las bibliotecas escolares del gobierno belga, por el ministro de Instrucción pública, fracmasón de grado superior.

que resume y abraza los demás deberes ¹.» En otros términos: el sér del hombre, como el de todos los séres, es á modo de germen ó principio potencial que se desenvuelve y explica mediante los actos que manifiestan su esencia: por medio de estos actos puede decirse que se produce á sí mismo, pasando de un estado á otro, ó sea del sér potencial é indeterminado, al sér determinado y actual que en cada instante efectúa la serie progresiva de su desenvolvimiento; y que se produce con libertad y conciencia, y conforme á sí mismo, pues no sale de sí para producirse, y así no tiene que conformar sus actos con ninguna regla objetiva de verdad y de justicia, sino dentro de sí tiene la justicia y la verdad, la ley y el deber, siendo por otra parte libre y consciente del modo que puede serlo en la escuela de Krause, donde las palabras no significan lo que suenan, sino lo que se oculta á la generalidad debajo de su sentido aparente. Tal es el de la definición que hemos copiado del libro de los Sres. Revilla y Serrano (libro, repetimos, adoptado de texto en el Instituto

¹ Pág. 193.

de San Isidro de esta córte), según la cual la vida moral es una *evolución*, un desenvolvimiento de la esencia del hombre, que de ideal se va haciendo real ó efectiva, sin otra ley que la *necesidad* de su naturaleza, ni otro destino que su propio desenvolvimiento. Pero aquí ponemos término á la explicación de la respuesta antecedente, porque la que ahora viene es continuación de la misma, y acerca de ella continuaremos también nosotros nuestra glosa.

P. ¿Puede conseguir el hombre viador en este valle de lágrimas, donde está desterrado, la suprema felicidad?

R. «Para terminar, debemos notar el error de los que separando abstractamente la vida presente de la futura, entienden que la posible consecución del sumo bien, de la santidad y de la beatitud, son patrimonio exclusivo de la segunda. La unidad y continuidad de la vida no permiten estas abstractas distinciones. El sumo bien es asequible en esta vida (en los límites dichos) como lo son la santidad y la beatitud... Lo que llama la piedad *cielo, gloria ó paraíso, puede conseguirlo el hombre en la presente vida, sin perjuicio de que lo siga disfrutando en la futura* 1.»

1 Pág. 97.

Para la explicación de este otro lugar, acudiremos también al profesor libre de Bruselas. Después de haber declarado Tiberghien, que el destino general del hombre comprende la religión, la ciencia, el arte, la moralidad, el derecho, la educación, la enseñanza, la industria, la agricultura y el comercio, añade: «Todas estas manifestaciones de la actividad humana, desde la infancia hasta la vejez, conformes á la naturaleza, pertenecen al destino general del hombre. Sólo el mal es ajeno del destino, el cual consiste en efectuar el bien, todo el bien, y nada más que el bien. Mas por muchos esfuerzos que haga, cuando llega el término de su vida, el hombre no ha conseguido todo el desarrollo de que su naturaleza es capaz. No está pues *acabado* entonces su destino: no ha llegado á su perfección, y es perfectible siempre. ¿Cómo se explica pues esta contradicción aparente en la obra del destino humano? ¿Cómo se explica que el hombre esté encargado de un destino para cuyo cumplimiento carece en la tierra de los medios necesarios? La explicación de esto es la inmortalidad del alma. Añadida la vida futura á la presente, el hombre puede contar

con un tiempo infinito. Entonces podrá trabajar sin fin con la ayuda de Dios y de sus semejantes en perfeccionarse y cumplir su destino acercándose siempre al ideal ¹.

Aquí tenemos el progreso indefinido en el orden puramente natural, en el cual consiste todo el destino del hombre en la vida presente y en la futura; progreso constituido por una serie de actos en que el hombre realiza su esencia durante un tiempo infinito acercándose sucesivamente á un ideal que no se realiza jamás, pues el tiempo infinito nunca se acaba. Ahora bien, como el destino humano se está perpétuamente cumpliendo sin acabar nunca de cumplirse, y fuera de este cumplimiento sucesivo no se admite estado alguno en que se posea la última perfección ó felicidad suprema de la criatura racional, síguese, que no hay otra felicidad sino la que consiste en el progreso ó desenvolvimiento sucesivo de la naturaleza humana; que el sumo bien no está reservado á la vida futura, pues en la presente se está cumpliendo también el destino humano; y que lo llama la piedad, *cielo, gloria* ó

¹ Pág. 155.

paraiso, puede conseguirlo el hombre en la presente vida, sin perjuicio de que lo siga disfrutando en la futura. — Mas contra esta doctrina puramente racionalista, claman á un mismo tiempo los hechos, y la razón y la revelación divina. Los hechos; porque cerca de nosotros tenemos la muerte, después de la cual ningún racionalista puede decir que el hombre sigue desarrollándose, porque su cuerpo queda encerrado en el sepulcro, y el alma que sobrevive, no es el hombre. La razón; porque la vida no es el desarrollo de la naturaleza, sino la serie de actos inmanentes que proceden de las fuerzas que resultan de la esencia. Y finalmente, la divina revelación, que nos persuade «de que los sufrimientos ó penas de la vida presente no son de comparar con aquella gloria venidera que se ha de manifestar en nosotros ¹.» «Ni ojo vió, ni oreja oyó, ni pasó al hombre por pensamiento cuales cosas tiene Dios preparadas para aquellos que le aman ².» — En resolución, la moral independiente que se enseña á la juventud en el

¹ Rom. VIII 21.

² Cor. II. 9.

Instituto de San Isidro de Madrid, es cierto independiente, mas para ser moral falta en ella la ley divina, falta el libre albedrío, faltan las sanciones futuras, el cielo y el infierno, y aún la misma inmortalidad que pregona, es sólo un nombre. Bien es cierto, que en cambio despoja al hombre de la luz divina con que conoce su inclinación al mal, heredada de Adán, y los medios sobrenaturales que le han sido otorgados graciosamente por Dios misericordioso, y la herencia de Jesucristo que está reservada al justo del lado allá del sepulcro.



CAPITULO XII.

SOBRE LOS DEBERES DEL HOMBRE.

Pregunta. ¿Tenemos deberes con la naturaleza ó mundo exterior?

Respuesta. «La ciencia moderna... la estima hoy (á la naturaleza) en su justo valor y rechaza la *mística preocupación* que hizo de la materia el *engendro* de Satán y de la carne el más fiero enemigo del alma. Desechados hoy tamaños errores, el hombre *ha de reconocer en la Naturaleza un sér tan digno y esencial como el espíritu*. Sin considerarla como divinidad, tampoco ha de condenarla como demonio, ni tratarla como esclava; antes bien ha de ver en ella, si no piadosa madre, al menos hermana cariñosa...»¹

La palabra *naturaleza* equivale en este lugar

¹ Elementos de Ética, por U. G. SERRANO y M. DE LA REVILLA, catedráticos, parte III, cap. I.